

LA MANSEDUMBRE DEL SIERVO

**15 Mas Jesús, sabiéndolo, se retiró de allí.
Y muchos le siguieron, y los sanó a todos.
16 Y les advirtió que no revelaran quien era Él;
17 para que se cumpliera lo que fue dicho
por medio del profeta Isaías, cuando dijo:
18 Mirad, mi Siervo, a quien he escogido;
mi amado, en quien se agrada mi alma;
sobre él pondré mi Espíritu,
y a las naciones proclamará justicia.
19 No contendrá, ni gritará,
ni habrá quien en las calles oiga su voz.
20 No quebrará la caña cascada,
ni apagará la mecha que humea,
hasta que lleve a la victoria la justicia.
21 Y en su nombre pondrán las naciones
su esperanza.**

Mateo 12:15-21 LBLA

INTRODUCCIÓN

La ocasión de la profecía.

1) Ocasión histórica. Sería difícil decidir con seguridad el lugar exacto de este episodio en la cronología de la vida de Cristo Jesús; sin embargo, es probable que siga a la curación del hombre de la mano seca en la sinagoga. Después de esta curación “los fariseos salieron, se confabularon contra Él, para ver cómo podrían destruirle” (14).

2) Comportamiento observado. Su quieta retirada de los malignos enemigos, su retiro sin ostentación a las riberas del mar, y allí, con modestia tan destacada como su amor, atendiendo bien a las multitudes que le siguen, y su encargo para que no lo divulgasen (16), le recuerda a Mateo lo que de antiguo había sido predicho respecto al Siervo. Esta profecía quedaba tan ilustrada en el comportamiento de Jesús que forzosamente el Evangelista tuvo que recordarla.

La profecía mencionada.

1) Su inspiración. El origen de la profecía -“lo que fue dicho”- es Yahweh y “por medio” apunta a Isaías, el escritor humano. Este es el milagro de la inspiración divina y verbal. Dios es la causa eficiente, y los agentes de Dios son la causa instrumental.

2) Sus contenidos en Mateo. Se ha dicho que Mateo no cita la profecía con exactitud verbal porque la mansedumbre de Cristo hizo que la recordase claramente y la recoja de memoria. También se ha dicho que seguramente tendría en mente algún targum judío o lecturas peculiares del original. En realidad Mateo sigue el hebreo salvo en la última línea (“por su ley”) donde usa la Septuaginta que dice “en su nombre”. La intención no

es la copia literal, mecánica, de la profecía sino la aplicación de sus grandes principios a sus cumplimientos. La omisión de un par de líneas de Isaías 42:4, especialmente “no se desanimará ni desfallecerá” lo suple el evangelista con la palabra “victoria” mientras el profeta hablaba de “verdad” (RV) o “fidelidad” (LBLA). Con relación a esto hay dos cosas que decir: a) “En realidad y verdad” de Isaías es equivalente a “victoria”, “éxito verdadero”, que confirma verso 21. ¿Acaso no es victoria que triunfe la justicia del evangelio? b) Cuando Mateo habla de “la victoria” recoge el pensamiento de las líneas omitidas, es decir, que Cristo no fallará: (42:3) el Siervo no se debilitará en la tarea o no se fatigará. Expresa la magnitud de la obra puesta delante de él sin que le afecte adversamente. (42:4) “no se rendirá hasta que complete su misión con éxito”. Por eso Mateo cierra con la línea final: “en su nombre esperarán los gentiles” que reproduce “y las islas esperarán su ley” de Isaías; esta administración mansa y de gracia entusiasmará a la humanidad de manera tan sensible e irresistible que los gentiles confiarán en su ilustre nombre.

El tema a destacar. Es obvia la gloria de la mansedumbre del Siervo. ¿Cuándo se ha visto tal cosa? El Siervo desafía los conceptos del mundo, que hablan de gloria en aquellos que con plena confianza en si mismos ocupan puestos relevantes en la sociedad, y difícilmente vencen la ostentación. ¡Cuan pocos hombres hacen su obra en la sombra -salvo por motivos inconfesables o enfermizos- o se apartan de la fama en un mundo enfermo de popularidad! El Siervo es tanto el Dios redentor como el hombre modelo.

MANSEDUMBRE EN RELACIÓN CON DIOS, v. 17.18

El mismo Dios que inspiró al profeta cumple la profecía. El Señor Jesús vino a cumplir la ley y los profetas; los detalles de su bendita vida fueron ordenados de forma que se cumpliese la gran finalidad: cumplir todo lo que estaba escrito acerca de él. Ya hemos visto que la profecía era de Dios, y el cumplimiento fue regulado por la providencia. Isaías describió perfectamente el carácter del Mesías. Había de ser el Siervo de Yahweh y Jesús lo corrobora: “Yo he venido, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”; “he acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn. 6:38; 17:4).

En la profecía el Siervo es introducido dramáticamente: “mirad” (18) ¡aquí está” el que es “mi siervo, “mi amado”, títulos a los que se añaden frases que apuntan a su gran misión: “a quien he escogido”, “en quien se agrada mi alma”. Este Siervo pertenece a Yahweh: a) Isaías dice “a quien yo sostengo” (42:1) lo que muestra el profundo afecto de Dios hacia el Siervo. b) Es el escogido de Dios (18) y sigue siéndolo hasta que cumpla la gran misión para la cual fue apartado. Por la naturaleza y categoría de su obra solo él podría realizarla. c) Es el amado de Dios (18), en él se deleita el alma de Yahweh quien no encuentra nada en el Siervo que le desagrade. Esta es una complacencia inacabable. Es interesante que la misma palabra sirva para expresar el deleite de Dios en los sacrificios. Era el Amado y el escogido de Dios porque agradó al Padre reconciliar todas las cosas por medio de él. d) Dios capacitó a su Siervo para su gran tarea. Con ocasión de su bautismo el Padre proclamó que en el Hijo tenía todo su contentamiento; fue ungido por el Espíritu Santo (Mt. 3:16) y consagrado a la misión divina. Es “mi Espíritu” no simple poder y gloria

externa, no son cosas terrenales. Y el Siervo mismo hablará de ello (Is. 61:1): fue ungido para proclamar buenas nuevas... (Lc. 4:17-19). Proclamaría juicio a las naciones al enviar a los apóstoles al mundo para predicar el evangelio a toda criatura. El envío del Espíritu Santo subraya la dificultad de la misión asignada que va más allá de la proclamación ya que será Juez que justificará o condenará al hombre.

MANSEDUMBRE EN SU MISIÓN, v. 18-20

Es bastante clara la misión del Siervo (18,20; Is. 42:1,3,4). En un artículo anterior ya tuvimos ocasión de explicar el concepto de "justicia". Para los hebreos mishpät es mucho más que equidad judicial. Ampliamente es orden en la sociedad, donde se salvaguardan los intereses de todos. Se trata de la salvación de Dios en los términos más amplios: a) La justicia es establecida en el tribunal de Dios. Es "forense", declarada por el juicio de Dios. No es la ley del Sinái sino el veredicto del evangelio que justifica al impío, poniendo a la cuenta del pecador arrepentido la justicia de Cristo de pura gracia (2 Co. 5:21; Ro. 3:24). b) Es el orden que existe cuando la creación está respondiendo al designio del Creador. Si el mundo busca orden en la deificación de sus propias fuerzas el resultado no puede ser más calamitoso, pero donde se confiese de corazón que Jesús es el Señor todo está en orden. "Cristo fue enviado para traer a todo el mundo bajo la autoridad de Dios y en obediencia a él" (Calvino).

El Siervo no cae en la ostentación (19).

Toda la vida de Cristo lleva el sello de la humildad. Llegó a este mundo sin ostentación. Las profecías habían anticipado su venida a este mundo, pero su nacimiento, aunque cantado por ángeles, fue anunciado a sencillos pastores y a unos magos interesados en su aparición. En su segunda venida vendrá en las nubes del cielo con poder y gran gloria, pero en este caso le recibió un humilde pesebre. Su ministerio público se desarrolló conforme al gran hecho de la encarnación: "se despojó a si mismo". Aún siendo aquel que "sustenta todas las cosas por la palabra de su poder" aparece "en forma de siervo". Y Pablo nos dirá que "descendió a las partes más bajas de la tierra". En sus sermones destila la doctrina que aprendió cerca del Padre (Jn. 7:16,17) y está muy lejos de predicadores populares que ceden en los contenidos de la verdad para ganar a su audiencia, o su amor por la fama les lleva a adornar se mensaje. Sea que le veamos sentado con la mujer de Samaria, con las multitudes en la montaña, comiendo en la mesa de los publicanos, o entrando por última vez en la capital de la nación, quedamos asombrados de su modestia y porte sin ostentación. Y fue al cielo de la misma manera. No fue una despedida a lo grande. Mientras todos duermen, toma con él a sus discípulos, y pronunciando su última bendición, quietamente deja este mundo; lo deja para seguir su servicio a la diestra de Dios hasta que llegue el tiempo fijado en la potestad del Padre para consumir la obra de la redención; y entonces él volverá "y todo ojo le verá".

El carácter de Jesús le lleva a buscar la alabanza del Padre por encima de la de

los hombres (Jn. 7:18; 5:44). La paciencia, humildad y retirada a tiempo toma el lugar de la pasión, jactancia y ostentación. El Siervo escogido, el inefable deleite de Dios, aquél en quien mora el Espíritu sin medida, es manso, discreto y tierno. Es el libertador de los sufrientes que se arremolinan en torno a él; es el Salvador de los pecadores que le rodean confiados; es el objeto de adoración de muchedumbres de gente agradecida por el bien recibido. Este “Verbo manifestado en carne”, que revela el amor de Dios de forma plena, aparece con apariencia, vestimenta y mandatos distintos a los que se revisten de autoridad. Cuando dice “soy manso y humilde de corazón” está afirmando una gran verdad (Mt. 11:29).

Sus métodos y comportamiento son lo opuesto a la violencia. Gana a las personas con la mansedumbre. Está muy lejos del conquistador terrenal que hace propaganda de todas sus hazañas; aunque está ocupado con su ser divino en una misión imposible para cualquier persona humana, jamás usa la fuerza o coacción para que se acepten sus propuestas; usa la exhortación, advierte, explica las consecuencias de rechazar su mensaje, usa de fuertes llamamientos para que se reciba la salvación, pero respeta la libertad del hombre. Tampoco hay despliegue de violencia al ocuparse de sus enemigos. Frente a un fariseo que le está juzgando mal por recibir a una mujer pecadora, cuenta la parábola de los dos deudores para atraerle a la conversión (Lc. 7:40ss.). Cuando se le juzga por recibir y comer con los pecadores (Lc. 15:2), pone a los murmuradores ante el espejo del “hermano mayor” y les invita a identificarse con el amor de Dios. Desecha todas las tretas de los candidatos a la popularidad para reunir y ganar a las gentes para la causa divina. Se retira de la riña; no ama la contienda; sus discípulos pueden aprender de él a evitar, en cuanto esté en su mano, agrias disputas y el ambiente acalorado de las controversias. Aunque la diferencia entre sus seguidores puedan ser notables, la actitud de santa calma es una de las señales características de personas maduras. El disfrute del Señor estaba en la sosegada comunión con el Padre que cultivaba constantemente y sobre todo cuando la tentación a la grandeza le acechaba (Jn. 6:15, etc.).

El verso 19 es el que explica la ubicación que el Evangelista da a la cita de Isaías. El manejo de Jesús de la hostilidad de los fariseos ilustra el hecho que no es contencioso (erizein = contienda o riña); tampoco es agresivo (kraugazein = “dar voces”, aquí quizá con tonos de violencia verbal). Mateo no está diciendo que Jesús nunca esté en desacuerdo con otros o que no discutiera sus opiniones. Pero no es un demagogo; su actitud y forma de trato lo descartan.

El Siervo actúa con ternura (20)

Son tan bellas como ilustrativas las figuras de lo que el Siervo de Yahweh hará por los hombres: “no quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que humea”. Las formas negativas de estas frases son un litotes, es decir, se pone el énfasis en la afirmación positiva, como si dijese: hará una caña completamente nueva; hará que esta mecha arda completamente. Es salvación de todo lo que el pecado destruye. Mientras Cristo estuviese aquí no habría un miembro roto o algo dañado que él no reparase y renovase, ni una fuente interna, o poder, o llama de vida a la que no diese su propio vigor y energía en lugar de su aspecto humeante; reenciende la lámpara de la vida y la alimenta de las fuentes de la luz eterna. En principio en Mateo se refiere a los publicanos y pecadores valorados por Jesús

pero marginados en su propia comunidad (9:10-13). Con todo, después de 12:1-8 puede extenderse al pobre en su necesidad, y quizá al enfermo en sus sufrimientos (12:9-14). En la sociedad hay personas a semejanza de la caña cascada (sin solidez ni firme estructura) y de la lámpara humeante (con el aceite agotándose, a punto de ser apagada por la menor brisa). Algunos son débiles en las circunstancias; deprimidos por las pruebas, muchas tentaciones y privaciones, o quizá debido a concesiones por debilidad al tentador; otros tienen debilidades de tipo corporal, falta de salud, la vida pende de un hilo; algunos tienen debilidades intelectuales, les falta capacidad y/o medios para ampliar sus perspectivas de la verdad, o son asaltados por las dudas; y los hay débiles en lo espiritual, son “niños en Cristo”. Con todos ellos el Médico divino trata con la mayor ternura. Si hay alguna flexibilidad de conciencia, algún sentido de pecado, algún deseo de Dios por débil o intermitente que sea, hay posibilidad de conversión o de santificación. Nunca será severo con las más leves aspiraciones a la santidad. Cada persona es muy preciosa para él ya que según sus palabras, no vino para perder las almas de los hombres sino para salvarlas. Puede dejar a buen recaudo al rebaño para buscar a una oveja perdida. ¡Qué gran diferencia con la actitud del creyente que profiere críticas a la maldad de este mundo, que se refugia en una supuesta santidad para distanciarse de las necesidades de la gente alrededor! ¡Y qué contraste con el comportamiento de la naturaleza en la que prevalece el más fuerte! ¡Algo que se repite en la sociedad humana! Cristo introduce un principio de misericordia para que germine entre los hombres. La atención especial la dirige a los cascados y humeantes.

La acción de Cristo nace de la compasión. La piedad infinita toca el corazón del Hijo de Dios. Este es un tema digno de atención. ¿Por qué preocuparnos por gente indigna? ¿Acaso no tienen lo que merecen por sus fallos? Además, tratar a estas gentes no es ni sencillo ni en principio satisfactorio. Los sonidos de la caña cascada suelen ser quejidos de dolor. La mecha humeante ha dejado de iluminar el salón y se ha convertido en una fuente de contaminación ambiental. Aparte de la compasión no hay razón para la ternura para los que ya no son en algún grado útiles para la comunidad. Pero una y otra vez leemos en los Evangelios que Jesús fue movido a misericordia. Lo que impulsaba su vida fue su amor y simpatía. Y este es ahora el motivo del evangelio. La obra de Cristo se caracteriza por la ternura. Él no dirige: él lleva. No simplemente manda: ayuda, eleva, fortalece. La mentalidad pragmática del mundo considera la compasión un error en el uso de tiempo y energía. ¿No sería mejor centrarse en personas jóvenes y sanas? ¿No es más provechoso ocupar el tiempo con lo que parece más útil? Pero la compasión no calcula, valora o mide, o no sería compasión; él da generosamente, no pide nada a cambio. Sin embargo, hay una compensación, Arregla la caña cascada y enciende la mecha humeante, y el primer resultado es la salvación del necesitado. Pero el proceso no acaba ahí, porque los que así han sido redimidos son unidos a su Salvador con fuertes lazos de gratitud. No hay amor tan tierno y consagrado que el de la mujer que vino a los pies de Jesús (Lc. 7:36-50). El redimido es un testigo vivo de la gracia de Cristo, y estos son los más celosos para proclamarlos a otros. El Siervo no considera ni la dificultad ni la inconveniencia, ni siquiera la vergüenza y angustia de la cruz; es la ternura inmortal del inigualable amigo del hombre. No solo logra la victoria sobre Satanás y conquista al pecado y la muerte, sino también la otra cara de la victoria, es decir, tomar cautiva para siempre a nuestra alma por amor.

La compasión debe encontrar una manera efectiva y tierna de expresarse. Hay que

manejar cuidadosamente a la caña cascada para que no chasque; hay que tocar cautelosa y tiernamente a la mecha humeante para que la débil llama no sea extinguida; el soplo de Jesús es la medida adecuada. Es el aliento de esperanza, perdón, paz, santidad para que reluzca el fulgor celestial. La obra compasiva necesita tiempo, a veces largo, para arreglar las cañas y las mechas. La paciencia es una de las virtudes más raras de los hombres, y nuestro Dios permite las pruebas para producirla, sin embargo, Cristo muestra continuamente esta perfección. Tal es así que leemos enseguida “hasta que lleve a la victoria la justicia”.

La mansedumbre resulta en victoria. Perseverará, ganará almas, por el amor que constriñe (Is. 42:4 “no se cansará ni desfallecerá”); “traerá la justicia en verdad”; a la larga será reconocido como Rey y Juez. Su decisión judicial entre lo bueno y lo malo, su gobierno de santidad, finalmente prevalecerá. Será la victoria de la verdad y la justicia. Y esto no solo en la tierra santa, entre su antiguo pueblo escogido, pues “en su nombre esperarán los gentiles”.

MANSEDUMBRE QUE FINALMENTE TRIUNFA

La mansedumbre frente a los enemigos (14)

La rabia de los fariseos nubló su razón. Estaban locos de indignación. A pesar de todo eso Jesús fue manso. La violencia es el último recurso de los oponentes vencidos. El Señor no era indiferente a la ira asesina. En el Siervo vemos:

A) El instinto de preservación de la vida, que obraba en él como en los demás hombres. Que se retirase ahora de los furiosos enemigos demuestra que respetaba su propia vida (15a). “Se retiró de allí”, no fue impelido por el temor para huir de ellos. Hasta que llegó el momento de su muerte Jesús usó de toda su prudencia y se retiró del peligro que suponía la violencia.

B) La calidad de su mansedumbre. Se retira pacíficamente, con la calmada majestad de un alma heroica. Hay una especie de mansedumbre que se muestra serena en un ambiente amigable y propicio, pero que explota en presencia del adversario. Tal mansedumbre no es sino la tormenta dormida en un ambiente inactivo. La mansedumbre verdadera es aquella que puede mirar calmadamente en una multitud excitada, y mantiene un fuerte dominio sobre las pasiones en medio de los más terribles eventos. Esta era la mansedumbre de Cristo y en ello vemos su gloria.

C) La prudencia de su comportamiento. Jesús urge fuertemente (hina con cláusula de objeto) que sus milagros no fuesen usados para hacerle a él manifiesto (fanerós), excitando aún más de este modo la oposición.

D) Su interés era por la alabanza del Padre. Se conformaba con que sus hechos de amor divino se mantuvieran desconocidos; él obraba en la sombra. No buscaba la alabanza

de los hombres sino solamente salvar sus almas. Sus siervos deberían tener voluntad de obrar, en privado o en público, en lugares remotos o delante de los hombres, para agradar a Dios. En pequeñas aldeas o en la gran ciudad solo deben buscar Su gloria; no la alabanza humana o la reputación terrenal.

E) Tenía en mente el bien de sus enemigos. Se ha dicho que Jesús huyó no solo de sus enemigos sino por ellos. No quería traer sobre estos la culpa de su muerte; quería darles tiempo, aún otro año; él haría lo que debía ser hecho con paciencia, mansedumbre y amor abnegado. No estimularía su malicia quedando cerca de ellos. Cuando los hombres comienzan acaloradas disputas y discusiones, a veces lo mejor es retirarse. La persistencia puede desatar aún más la ira, y quizá incluso aumentar el pecado. A veces se argumenta desde un lado perverso más que equivocado, quizá influenciados por un espíritu partidista, o tal vez por malos motivos.

F) Respetaba el calendario de Dios. Se alejó del lugar donde estaba porque conspiraban por su vida. Dos sábados seguidos se sintieron ellos ofendidos, cuando no había razón para la ofensa. Por airados que estuviesen con él, era mucho peor lo airados que estaban consigo mismos. Y ya que Jesús sabía que su hora no había llegado todavía, no podía responder a la rabia de la naturaleza humana. Más bien se apartó y evitó que aquellos insensatos le llevasen a la destrucción y atrajesen destrucción sobre ellos mismos. Cristo Jesús no muestra ni temor ni deseo de escapar del sufrimiento, pero ilustra la verdad que él no había venido para condenar sino para salvar. No era la hora para que el buen pastor pusiese su vida y pagase el rescate por las ovejas. Y el inspirado Mateo nos dice que la curación, salvación y silencio, difícil de mantener, está haciendo florecer la profecía.

La mansedumbre ante las gentes (15b; Mc. 3:7-8).

Cuando se retiró se reunió con toda clase de gentes. “Todos” se usa con referencia a los enfermos: ninguno de ellos quedó sin ayuda. Al Señor no le dejaban solo. Los fariseos le odiaban pero la multitud le seguía. Unos buscaban enseñanza, otros misericordia. Curó a los enfermos y enseñó a los ignorantes. Hablaba palabras que curaban por igual el cuerpo y la mente. Jesús respondió al clamor del dolor y la aflicción. No dejó a nadie sin respuesta.

1) Vemos en él una mansedumbre divina. No está ni orgulloso por su popularidad ni resentido; ante la aparición de multitudes inquietas, cuyos ansiosos ojos se centraban en él, responde a cada necesidad y prosigue su misión divina con la mayor sencillez. Esta mansedumbre desplegada por Cristo en medio de intensa labor, es la que asociamos con su gloria. No es la mansedumbre de la caballerosidad, formas educadas de comportamiento. Las pruebas más leves destruyen su ecuanimidad. Es algo mecánico, no moral, medido por las leyes de la etiqueta, no dirigida por los mansos impulsos de un alma con armonía celestial. Eso no es sino una mofa miserable de lo que los hombres deben admirar, lo que Cristo encarnó; es decir, la mansedumbre de un gran alma elevada sobre lo mercenario y servil, que se mueve en consciente armonía con el universo, consigo mismo y con Dios.

2) Vemos en él una mansedumbre inagotable. La beligerancia de sus enemigos no

le hizo desfallecer; nunca dejó de realizar las obras de amor. Hombres piadosos son a menudo alejados por causa de la oposición, se desaniman; se sumergen en la melancolía, como ocurrió con Elías; piensan que su vida ha sido malgastada; ya no pueden seguir trabajando. Esto no fue el caso del Señor. Se retiró pero para continuar en otro campo de servicio. Sus siervos nunca dan lugar al desaliento; esto implicaría desconfianza o dudas, respecto al Señor.

La mansedumbre triunfante (21)

1.- Hay triunfo porque hay dificultad. Hay la posibilidad de que el Siervo se debilite hasta el punto de ser incapaz de acabar su obra, y que también sea quebrado por fuerzas externas de modo que pierda el ánimo. No obstante, él proseguirá hasta completar la tarea en la “tierra” (Is. 42:4), es decir, la obra del Siervo es universal. La conversión de los gentiles no es causada por un acto escatológico, poderoso, sino por una obra incansable y gradual del Siervo. Dos veces Isaías ha usado el verbo “traerá” (42:1,3, yotzi’), pero ahora lo fortalece con yasim, “establecer”. La última cláusula del profeta es una declaración adicional independiente donde el énfasis cae en la primera palabra “ley”, es decir, la doctrina o enseñanza que el Siervo dará al mundo. El contenido de su enseñanza es el evangelio. Podemos imaginar que están incluidos los siervos del Siervo.

2.- El alcance de su triunfo es universal. La meta de la acción de Dios iniciada ahora por el Siervo es tan amplia como la humanidad. La misión universal para invitar a personas a participar de esta esperanza es anticipada en 24:14 y establecida en 28:19-20 (el “nombre”, lenguaje de 12:21, que expresa lealtad a Jesús, vuelve en 28:19). Mateo puede tratar que los lectores vinculen esperanza en el “nombre” del Siervo con el significado de los nombres Jesús y Emanuel (1:21,23).

3.- Los receptores del mensaje no serán defraudados. La espera no será en vano, porque el Siervo es el Salvador de todos los hombres: “luz de revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel” (Lc. 2:32; Hch. 13:46). Jesús atrae a todos los hombres con el poder atractivo de la cruz. La fuerza de la mansedumbre y la majestad del amor son las armas por las que el Salvador vence al mundo. Los discípulos hemos de aprender de él. La mansedumbre y el amor ganarán más los corazones que la severidad o la dureza. El egoísmo y la mala voluntad nunca son mansedumbre, porque el amor es humilde y triunfante. El pecado nunca es humilde, pero la rectitud siempre lo es y es atractiva porque está ligada a la santidad. La mansedumbre es majestuosa; se eleva sobre el temor y la desobediencia y tiene siempre el poder de fascinar y ganar el corazón.

CONCLUSIÓN

La iglesia no debe ser nunca la escena de arrogancia y griterío. El prejuicio favorece los tonos ásperos, y el dogmatismo la jerga pomposa. Frente a eso tenemos a aquél que no alza la voz en las calles, no quiebra la caña cascada ni apaga el pabilo humeante. Las

fuerzas silenciosas son las más poderosas. El fogonazo del relámpago es llamativo pero pasajero; la luz silenciosa y constante es mucho más efectiva. La verdad en la mente de una persona puede finalmente abrir el corazón. El problema es que buscamos salir en los medios de comunicación, y atraer la alabanza de los hombres, en vez de dejar a Dios la evaluación de nuestra obra, la cuenta de resultados y la justa recompensa. El mismo Siervo cuya conducta se nos describe en este pasaje es el que introduce en el mundo la verdad a especie de levadura que obra hasta que consiga la redención del mundo.